

## **DOS O TRES COSAS QUE NO SÉ DE ELLA**

**Autor: Rafael López Álvarez.**

Cuanto más nos empeñamos en encontrar algo, por muy común que sea, menos posibilidades habrá de conseguirlo. Sucede a cada nuevo intento, y condensa la suficiente ironía como para creer que es verdad universal, una certeza parecida a un bautismo en el mar muerto, a bendiciones del ángel negro.

Pero aprendimos de los libros que todo profeta merece ser estafado con todo lujo de detalles. Y en tal gratificante demostración nos empeñamos reconstruyendo los caminos por los que ella escapa siempre del ángel exterminador, los organizamos como un mapa cuya escala es el rastro siempre reciente (pero siempre perdido) que ella deja, tan silencioso como si tú gritaras. Y hacerlo, además, como si uno pasara por ahí, como vaya cielo que hace de nubes, no digas que son el vaho de la sibila al hablar.

Despleguemos el mapa en una calle barrida por el viento, y tal vez entonces, en medio del caos, la tengamos a ella justo detrás, respirando como respiran los tesoros en la sombra. Y eso ya es.

En todo caso, al menos habrá sido estafado el profeta de cien cabezas que pregona. Porque es tan impostor como yo.

Sé de ella muchas cosas, pero con una tan flamante declaración perderían el veneno exquisito de su inmediatez, y quedarían rebajadas a vitrina. Sé de ella tantos detalles que el conjunto, la sibila en su sixtina, dejó de ser abarcable. Sé, además, lo que no importaría a nadie.

Porque tengo la certeza de que en esas dos o tres cosas que no sé de ella está la cámara secreta, el libro apócrifo de los significados, donde escrito quedase en la página final que no hay, no habrá un arquitecto detrás de los círculos concéntricos que dejan sus huellas.

Ni pedestales para dioses ni mundo que a ellos se escape.

En el borrador del mapa que amplío o reduzco cada día a partir de cuadrantes siempre voladizos, esas dos o tres cosas se agrandan como lagunas desbordadas sobre el papel, abiertas por desgracia justo encima de las llanuras que señalaban los vados entre dos tierras, cuando la marea desciende al despertar.

## Una

Ella aparta con un primer dedo el límite del embozo, tan pequeña extremidad apenas dará para que, como un grumete aupado a cubierta que sometiera con su puñal a lejanas estrellas, ponga fin él a solas con el lentísimo naufragio de la noche

Pueden transcurrir minutos eternos hasta el próximo movimiento, un espacio de absoluta ausencia donde sucesos como un blando terremoto bajo las mantas, o una respiración un poco más prolongada, o la súbita y parcial desnudez de su frente, son como sombras de grandes pájaros que pasan sobre la hierba sin mover ni una brizna siquiera. Algo que no altera el mundo y, sin embargo, lo explica de principio a fin.

En algún punto que ignoro debe poder trazarse la frontera donde acaba el sueño y ella está de este lado, y su brazo sigue un gesto consciente, y la cara revuelta cede a la luz como una celosía ante la invasión de vándalos cotidianos.

Aún no despabilada vienen las palomas del sol, acuden sobre las sábanas cientos de palomas blancas y tullidas para hacer festín con los granos de arroz dispersos, tiernas carroñeras disputándose la última página de los sueños.

Pero una sensación de pérdida supera al alivio de haberla recuperado, y es que cuando ella abra por una rendijita los párpados me habrá ganado a mí, pero

fatalmente perderá las imágenes, los objetos, la instintiva trama de los sueños que la mantienen a salvo de esa locura de pretender entenderse por completo.

En medio de este dulce canibalismo le doy los buenos días.

Ella responde en una lengua indescifrable para el testigo, pero no para las palomas resignadas a desvanecerse hasta mañana si es que no sale nublado. Los fieros bárbaros temen la celosía, se asustan ante lo quebradizo de una tela de seda, aquel grumete sabía que un minúsculo grillo mueve más hierbas que siete veces siete sombras de enormes pájaros.

Todo esto lo puedo contar, irlo enumerando con cierta desenvoltura, ella apropiándose del país de la almohada, ella olvidando eso que había escrito en los granos glípticos de arroz, o para quién sonaban realmente los tambores que obligaban a los mendigos a buscar refugio en el metro cuando la nieve.

A su lado, sin intromisiones, no me atrevo a tocarla recién abre los ojos, se va aprendiendo que el vuelo de cien vale mucho más que un triste y aterido vencejo sujeto por una manaza. En cambio, no aprendí cómo tender un puente que trasladara esos paraísos perdidos irremisiblemente a los zapatos, al olor de tazas humeantes y al jabón.

Y así dejo que el invisible tercero, nacido de la suma de los dos, sea el que viva por mí y por ella el fracaso de los puentes ilusorios. El tercero. Ese monstruo maleable, alimentado a expensas de las células muertas de ella y de mí, hueso a hueso, gemido a gemido. Nunca llegan a desaparecer tales restos por el desagüe de los lavabos, o abducidos por la bendita aspiradora, es ese invisible otro quien los recoge para crecer. Por eso los enamorados le rinden pleitesía, y se miran y se prometen, frágiles, desprotegidos ante la quimera.

Decía afirmar de ella muchísimos detalles que una vida en común redacta sin que ninguno de los dos haya sido consultado, como notas pegadas en la nevera o en el

cajetín de las llaves de casa. Pero lo que realmente no sé de ella es por qué hay mañanas en las que despierto y la veo, apoyada en un codo o sin haberse movido durante siglos de contemplación neutral, mirándome en silencio, casi sin parpadear.

Es posible que en esa observación abrumadora y oculta haya leyes más profundas que en todas estas líneas de catálogo. Algo así debe ser el minucioso orden que, desde arriba y desde siempre, escribe al través las palabras caóticas de la sibila en pleno trance, riguroso calidoscopio al que llamamos ventura.

### **Una más una**

No hablaré de los trenes a Longjumeau que perdimos uno tras otro por cualquier motivo, ni de las discretas y apacibles muertes en el interior de una crisálida; pierdes si lo único a lo que aspirabas era a ganar, y además con las cartas marcadas. Precisamente cuando nos empeñamos a toda costa.

Tan sólo expondré la segunda Gran Laguna del mapa, tiene que ver con la sustancia de sus recuerdos. De entrada admito mi ignorancia. Soy un mero espectador repasando el libreto de la impotencia desde un palco de autoridades cuando ella menciona algún hecho del pasado, creadora involuntaria de mundos simultáneos entre los cuales reconocí desde el principio mi personal jardín de las delicias.

Nunca entenderé cómo lo hace, la precisión de francotirador que despliega en los relatos de su versión. Puede resultar suficiente o no para un historiador, para mí equivale a la génesis de los días. Porque en medio de todos los detalles inconexos irá quedando atrapada la auténtica sustancia de lo que había sucedido, y si algo parecía un añadido de su percepción, es que realmente debía haber estado allí, como un invitado más.

La escucho estrictamente vendido a mis limitaciones como un perrito desvalido, cazador me lo vendieron y resulta que no vio nada de cuanto ella recuerda con claridad, recostada e indolente en una butaca. Le sonrío mientras se incorpora, sigilosamente cierro la puerta del sótano después de ponerle comida en un cuenco al perrito. Nunca he tenido el valor de dejarle morir de hambre.

Entonces dudo de lo que vi con mis propios ojos a la vez que ella, y ya no sé si me ha ocurrido o no, y espero tímidamente a que ella se acuerde y por fin me haga real, inquilino necesario del absurdo, explorador de una verdad que se atrapa con mentiras.

Una verdad que ella tiene que pronunciar para que verdad sea.

### Tres

- Es decir, que vas a estar días llamándome así- dijo ella.

- Llamarte cómo de cuáles avatares, Señora Hydra- pregunté abriendo la puerta con una reverencia exagerada- tenga la bondad de juntar todas las cabezas para poder pasar, si es tan amable.

- Oso bobo- confirmó como sólo confirman las de sangre boyarda.

- Tiene usted razón, cuánta tontería- alegué como disculpa apretando tras de mí el botón del ascensor. Ella tapó con una mano mis ojos y, a última hora, cambió el prometedor roce de sus labios por un cruel mordisco en mitad de la barbilla.

Motivo idóneo para que, a partir de ese momento y durante varios días, fuera conocida en su hogar con el nombre meritorio de Tasmania, temible depredadora de tellinas al vapor. A pesar de que ella prefiriese el papel de Cilicia, hermosa mártir,

desconsolada campesina perseguida por berserkers a causa de su paciencia con este bufón pero honrado cumplidor de los deberes conyugales.

Hidra, Panchita, Tasmania o Cilicia, la mártir depredadora sabía sin saber que era un modo inofensivo de tener la rosa de los vientos imantada a su piel, conquistando nuevas tierras con el nombre de una recién coronada soberana. A diferencia de Rumpelstiltskin, yo no sé si tengo (confío en tener) un número ilimitado de posibilidades para dar con el nombre verdadero, las sílabas porteadoras.

Debíamos saber que este eterno borrador expresa por sí solo lo que significa ella con más exactitud que ninguna otra torre del homenaje, pura y dulce contradicción de la que ignoro hasta el nombre.

Aunque a veces pienso que ni con cien vidas sería capaz de dar con él, y mi esperanza ya es llegar a no saber, no, no quiero saberlo, en voz alta, No Quiero. Sería responsable moral de encoger la atmósfera de toda una vida, porque tal vez, al coincidir con el sonido exacto, ella se desvanezca convertida en calabaza, y vuelva yo a mi estado nativo de marsupial que esconde perritos en un sótano.

El camino sigue existiendo mientras lo ando, y nos explica al intentar explicarlo a él. Esto no ha variado desde que la conocí hace más de diez años. Y me declaro vagabundo agradecido de estar involucrado en su destino de parques con nieve y tambores. Ella nunca pretendió moldearme a su capricho, esa torpeza tan habitual entre compartidores de vidas. Ni yo, por supuesto, lo pretendo por mi parte. Me limito a ser testigo privilegiado de una materia cambiante y fluida, absurda, entrañable como son las nubes en la bóveda o el sentido esquivo de las palabras comunes. Bufón, imán.

Ella es una huerfanita cuando la veo de espaldas con las manos en los bolsillos, mirando los descomunales árboles del parque desde la ventana, pero es Berenice cuando se gira con un gesto irremediable, y una conductora de carreta de

colonos cuando se enreda en mi cintura y juntos miramos en el balcón los verdes poblados de las copas que sostienen los castaños. Pero también Sémele en el borde de un pozo, y una mecedora de época, y Magdala llevando un cestillo con pan, y una vela, y una ipomea.

De manera que nada de lo hecho sirve más allá de unos días. Y tal vez envejeceré llamándola con todos los nombres posibles, por si en la suma final estuviera, como un color blanco, la solución del enigma, este mundo donde cada cosa nace de sus dedos sin contratos.

### **Prólogo**

- Tienes cara de haber cometido una de tus proezas- dice, pendiente del esmalte y de las cuatro bolitas de algodón que separan los dedos de los pies.

Me siento en el brazo del sofá, juego con un mechón que se ha librado del presidio de horquillas: - Esta mañana, al ir al trabajo, he visto una mujer que se te parecía de lejos- le digo.

- Dónde- ella se remueve como una gata en el cojín, se recrea con el pincelito en el dedo alfeñique, tan diminuto que parece de una salamandra o de una sirena.

- Era poco antes de las ocho, pero aún se veía con claridad la luna casi llena de ayer.